

Estudiantes y académicos comentan sobre su realidad:

Los nudos que entran el desarrollo de la educación técnica superior

■ En Chile existe un déficit de 600 mil técnicos. Por eso no se entiende que hoy por cada alumno en una carrera técnica de nivel superior, existan 2,5 inscritos en una carrera universitaria. Asegurar la calidad, una mejor articulación y mayor información son los desafíos.

MARGHERITA CORDANO F.

A Gendery Báez (24) le parece certera la frase con la que se promociona el Instituto Profesional Los Leones, donde cursa su segundo semestre de clases. En su opinión, el juego de palabras —“El mundo es salvaje... domínalo”— atrae a los alumnos porque además de entretenida, “tiene un componente más serio, que es la idea de crearse el cuento y confiar en las capacidades que uno tiene”, explica.

Como una de dos mujeres en la especialización de Técnico en Construcción de su generación, a Gendery poco le importó que su carrera no estuviera acreditada al momento de matricularse. De hecho, tampoco se preocupó de que el instituto no tuviera titulados en su área ni que nadie antes de ella hubiera probado el material con el que ahora trabaja. Aunque alguien le “comentó” que las tasas de empleo eran altas para su especialización, no le han dado ni ha buscado una referencia concreta.

Carreras más cortas

Más de 310 mil personas se matricularon este año en un programa técnico, lo que supone un aumento de 64% en los últimos cinco años. Entre las razones que explican el alza está la posibilidad de estudiar carreras más cortas, pagando menos y, en gran parte de los casos, egresar y encontrar trabajo rápido. Especialidades como Instrumentación, Automatización y Control Industrial, además de Administración Financiera y Finanzas, llevan la delantera en este sentido.

Las empresas y el mismo Gobierno también han hecho un llamado a revertir la cifra que indica que faltan 600 mil técnicos en el país. Según datos del Grupo de Estudios Avanzados Universitarios, por cada alumno en una carrera técnica de nivel superior, existen 2,5 inscritos en una carrera profesional universitaria.

Según informaciones del Mineduc, las personas que se titulan de una carrera técnica de nivel superior (CFT, 2 años) ganan un tercio más que aquellos que no estudian. Quienes estudian una carrera en un Instituto Profesional (IP, 4 años) ganan el doble de quienes solo terminan el colegio”, indica Astrid Hollander, especialista en Educación Técnica y Profesional de la sede de la Unesco en Santiago.

En promedio los universitarios ganan entre 27% y 44% más que quienes asisten a un CFT e IP, aunque en casos específicos los sueldos pueden igualarse o ser superiores. Esto asumiendo terminan su carrera.

“Hay una alta deserción de los estudios en el primer año, alcanzando un promedio de 40%”, indica Ana María Martínez, de Universitat. Por otra parte, aunque las carreras técnico profesio-

nales están diseñadas para una duración promedio de 5 semestres, en la realidad “tienen una duración de 7 semestres”.

¿Y la calidad?

Donde también hay que prestar atención, cree Hernán Arana, gerente del Centro de Innovación en Capital Humano de la Fundación Chile, es en el hecho de que “no da lo mismo estudiar una carrera en cualquier institución. Hay buenas, mediocres y otras malas; algo que el mercado parece reconocer. Ejecución en minas, por ejemplo, está dentro de las cinco carreras de ingresos más altos, pero también está dentro de las cinco con mayor varianza de entradas. Hay que tener cuidado, porque sucede que en muchas carreras hay jóvenes en el cuarto superior de ingresos y otros en el inferior”. Aunque no hay estudios concretos al respecto, “uno esperaría que esto tuviera una relación positiva respecto a la acreditación”, dice Arana.

Los datos de Universitat indican que el 75% de los CFT no están acreditados. Aunque suelen ser los de menor tamaño, involucran a cerca de 35 mil alumnos, un 25% de la matrícula. En cuanto a los IP, el 54% no está acreditado, involucrando 37 mil alumnos (12% de la matrícula).

Sin embargo, la acreditación tampoco lo dice todo, opina Arana: “Muchos están acreditados por ser instituciones grandes, con un buen edificio y gestión. Pero puede que lo estén haciendo bien en una carrera y mal en otra: no sabemos ni tenemos un instrumento serio que nos permita conocer cuál es la calidad de los resultados de ese programa. No sabemos si los aprendizajes son realmente de calidad, porque los procesos de titulación dependen de las mismas instituciones”.

Pasar a la universidad

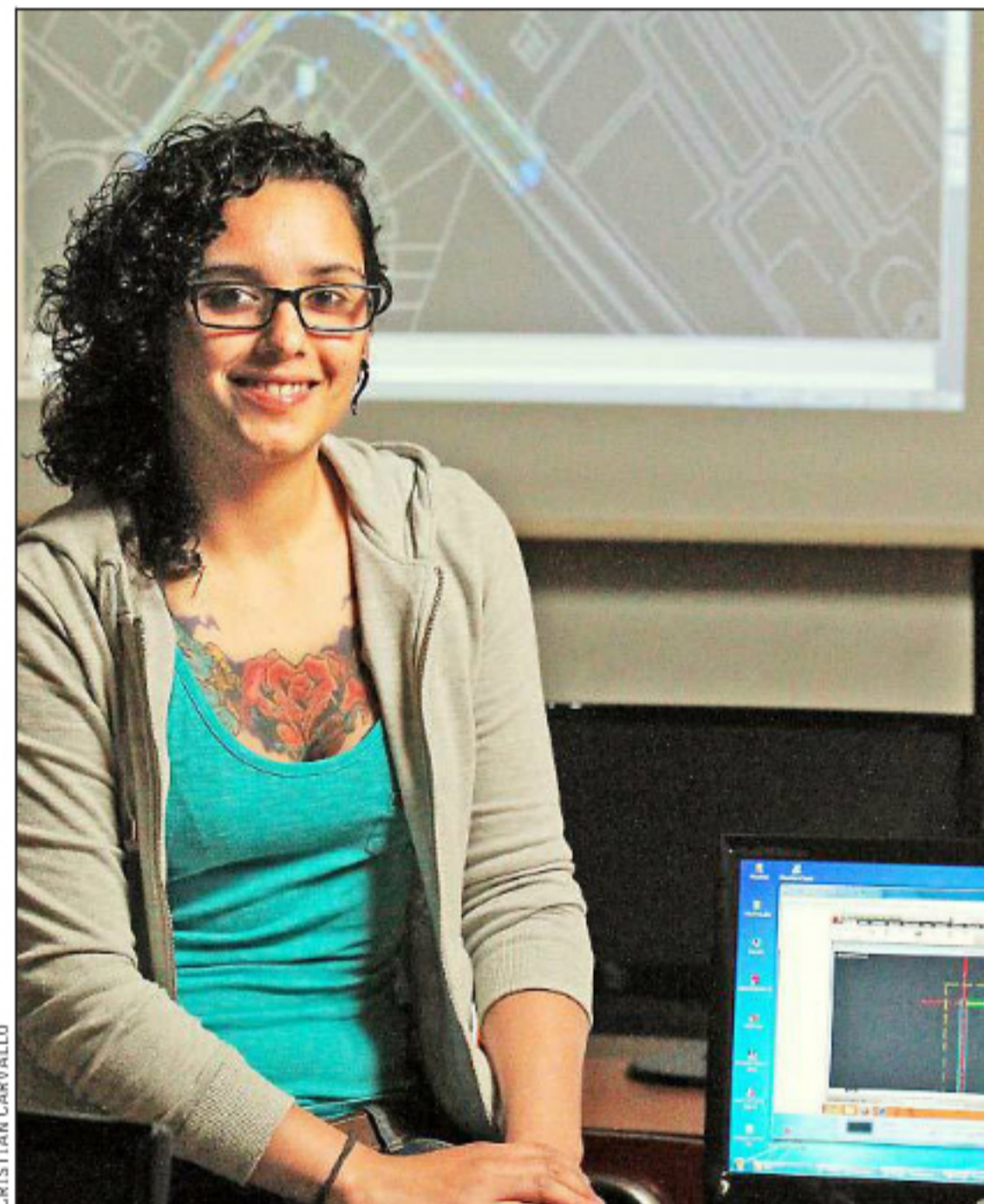
Al respecto, Hollander agrega que “no existe un marco de calificaciones que articule a los subsistemas de educación superior, que aumente la transparencia y facilite la transferencia de calificaciones entre ellos”.

Esta falta significa que es difícil seguir la trayectoria de países como EE.UU. y otros europeos, donde los alumnos tienen la posibilidad de partir en un CFT y terminar en la universidad gracias a un sistema articulado. Este se apoya en un marco referencial nacional, que explicita qué conocimientos se esperan de cada especialización, lo que hace que sea más fácil transferir créditos al pasar de un sistema a otro.

Si bien son pocas, en Chile a este modelo, con establecimientos que permiten a sus estudiantes de buen rendimiento seguir especializándose sin necesidad del puntaje PSU. Lo hace la Universidad de Concepción, responsable del IP Virginio Gómez y del



Diego Romero (en primer plano) eligió especializarse como técnico en electricidad. Hoy estudia en la sede de Duoc UC, donde divide su entrenamiento entre las clases teóricas y el aprendizaje práctico. En dos años quiere convalidar y continuar con la carrera de Ingeniería.



Gendery Báez confía en que la decisión que tomó al estudiar Técnico en Construcción la va a ayudar a encontrar trabajo rápido. “La construcción es como la medicina; nunca van a sobrar personas”.

CFT Lota Arauco. “Un estudiante meritorio puede pasar desde ser un técnico de nivel superior, a obtener un título de ingeniero en ejecución o un título universitario, sin pasar por los mecanismos de admisión formales. Se le reconocen asignaturas luego de una evaluación académica”, comenta Alberto Larraín, vicerrector de Asuntos Económicos y Administrativos de la universidad. Calcula que son cinco las personas que lo hacen al año.

Uno de los puntos que influyó en que Diego Romero (22) eligiera estudiar Técnico en Electricidad y Automatización Industrial en Duoc UC fue justamente la posibilidad de completar los dos años y medio y empezar en la misma institución la carrera de Ingeniería. AHoy, en su segundo semestre de la primera carrera, reflexiona: “Estudié en un liceo técnico y entré con conocimientos. De ahora en adelante es mucho más difícil, creo que si me sacó buenas notas puedo seguir apuntando alto”.

Su historia es particularmente emotiva, porque su mamá, con quien vive, nunca pudo terminar la enseñanza media. Además, hace tres años que Diego no puede moverse sin su silla de ruedas: lo

asaltaron mientras esperaba un bus y un disparo lo dejó con una lesión permanente en sus piernas.

Por aspiraciones como las de Diego fue que el Mineduc lanzó en 2013 la Beca de Articulación, “que busca apoyar e incentivar la continuidad de estudios de quienes cursaron una carrera técnica de nivel superior y luego deciden acceder a un título profesional”, explica la ministra Carolina Schmidt. El foco está puesto en alumnos destacados de los primeros tres quintiles socioeconómicos, a quienes se les entrega hasta \$750 mil anuales. Además de eso, “en Educación Superior pasamos de 30 mil becas para estudiar carreras técnico-profesionales en 2010 a 60 mil en 2013”, explica Schmidt. “Según lo proyectado en el Presupuesto de la Nación 2014, el próximo año llegaremos a entregar 100 mil”.

La senda de la articulación y de una buena formación TP, cree Óscar Garrido, rector de la Universidad de Los Lagos —donde cerca de un tercio de los alumnos está inscrito en las carreras técnicas que ofrecen— pasa por conocer las necesidades de cada región. Para ello la institución ha creado Consejos Estratégicos, que incluyen autoridades educativas y empresariales de cada una de sus sedes: Osorno, Puerto Montt y Chiloe.

Guy Le Boterf, francés experto en gestión por competencias y expositor invitado a un seminario organizado por Inacap, cree que este último punto es fundamental. “Hay que ponerse del lado del empleador. Ellos deben a las que se ven enfrentados y qué recursos son los que se necesitan. El perfil de egreso no se puede definir únicamente con docentes ni pensando en una empresa particular. Hay que reunirse y hablar sobre el oficio”.

Ideas clave

El acceso a la educación superior suele ser segmentado no solo en Chile, sino en las más diversas latitudes. Es posible que en nuestro país esta situación sea más marcada por el insuficiente desarrollo de nuestro sistema de admisión.

La segmentación es articular mejor su sistema de educación superior. Así, alguien que ingresa a un Centro de Formación Técnica, por ejemplo, si supera un conjunto razonable de requisitos puede egresar de una universidad selectiva. Nuestro sistema ha avanzado muy poco en esta

dirección reduciendo las oportunidades para nuestros jóvenes.

Por cierto, esto se facilita si cada institución lleva adelante su misión sujeta a estándares exigentes. Aquí el sistema esos estándares se cumplan. Asimismo, es importante elevar los grados de información y transparencia respecto de las instituciones. El desarrollo de ambas dimensiones es indispensable para lograr una credibilidad razonable que posibilite la articulación deseada.

OPINIÓN

Revolución al revés

■ Un paradójico planteamiento es el que, en este año electoral, se hace para Educación. Se erige como ideal el statu quo educativo existente en la mayoría de los países latinoamericanos cuyos resultados son inferiores a los que obtiene Chile.

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER

Estamos ante un planteamiento paradójico. Se propone trasladar el peso de gravedad del sistema educacional hacia proveedores educacionales más centralizados y distantes de las comunidades locales y hacia universidades y CFTs estatales; asegurar en estas instituciones estatales la gratuidad del servicio, incluso para los más ricos; reducir o terminar con las evaluaciones externas del aprendizaje del tipo Simce y, en general, aumentar el gasto público asignándolo a la oferta al mismo tiempo que se reduce la proporción destinada a subsidiar la demanda educacional de las personas y las familias.

Resulta paradójico este planteamiento porque erige como ideal el statu quo educativo existente en la mayoría de los países latinoamericanos —como Argentina, Brasil, Colombia, México, Perú o Uruguay— cuyos resultados, sin embargo, son inferiores a los que en la actualidad obtiene nuestro país. Nada hay tampoco de novedoso en este modelo, ni se asemeja al acariciado sueño finlandés. Más bien es una invitación a caminar hacia atrás.

Efectivamente, en América Latina, en promedio, un 50% de los estudiantes a los quince años no domina las mínimas competencias de comprensión lectora frente a un 31% en Chile y un 19% en los países de la OCDE (PISA, 2009). La población chilena tiene 11,6 años de escolarización, contra 9,4 en el resto de Latinoamérica. Un 28,6% completa al menos un año de educación terciaria

frente a un 15,8% en el resto de la región (BID, 2013). Entre los adultos jóvenes, de 25 a 34 años, Chile ostenta un 41% de profesionales y técnicos, comparado con 39% en los países de la OCDE y menos de 20% en América Latina (Unesco, 2013).

La tasa neta de participación de jóvenes chilenos pertenecientes al quintil de menores ingresos en la educación terciaria alcanza a un 21,2%, la segunda mejor de América Latina después de Venezuela —cuya estadística en este aspecto se halla fuertemente cuestionada— frente a un tasa promedio de 8,7% para los demás países latinoamericanos (Sedlac, 2013). Asimismo, la distribución de años de educación entre los jóvenes adultos (21 a 30 años de edad) es la más equitativa de la región (con un Gini de 0,122), comparado con un Gini de 0,234 para los demás países de la región (17) con datos comparables (Sedlac, 2013).

En términos cualitativos, PISA ubica a los estudiantes chilenos en el primer lugar de América Latina en comprensión lectora y ciencia y segundo después de Uruguay en matemática (OECD, 2010). A su turno, un informe de McKinsey (2010) incluye a la educación chilena como caso de estudio de los países que a nivel global muestran un avance significativo de mejoría en los resulta-



¿Qué razón justifica salir al encuentro de un modelo cuyo rendimiento promedio es claramente inferior al del sistema educacional chileno? ¿Acaso la gratuidad de la educación terciaria en favor de los hijos del quintil más pudiente no terminará perjudicando las oportunidades para los niños y jóvenes de menores recursos y capital cultural?

dos de aprendizaje de sus alumnos, ascendiendo del nivel bajo al intermedio. En cuanto a la educación superior, el ranking de Universitat 21 ubica al sistema chileno en el primer lugar entre los cuatro sistemas latinoamericanos incluidos (Argentina, Brasil, Chile y México), considerando recursos, resultados, conectividad y medio ambiente regulatorio.

Por último, cabe notar que el gasto total en educación de Chile —fiscal y de los hogares— relativo al PIB se sitúa por encima del promedio de la OCDE, en tanto que en el nivel terciario es uno de los más altos del mundo: casi un punto porcentual superior al del promedio de dichos países (OECD, 2013). Aun así se necesita incrementar el componente público de dicho gasto en los niveles preprimario, primario y secundario para aumentar el efecto compensatorio de desigualdades de la educación temprana y escolar.

Visto este cuadro, ¿qué razón justifica salir al encuentro de un modelo cuyo rendimiento promedio es claramente inferior al del sistema educacional chileno? ¿Acaso la gratuidad de la educación terciaria en favor de los hijos del quintil más pudiente no terminará perjudicando las oportunidades para los niños y jóvenes de menores recursos y capital cultural? De abandonarse las evaluaciones externas, ¿se vería favorecido nuestro sistema escolar o más bien perjudicado, como creo yo? Un trato preferencial para los establecimientos denominados del Estado, ¿mejoraría la calidad y disminuiría los niveles de desigualdad o, por el contrario, solo reforzaría el burocratismo y la segmentación social? ¿Podría mantenerse la fuerte inversión educacional al traspasarse íntegramente a la renta nacional?

En breve, lo que se propone es una revolución al revés.